

# ***Iglesia y proceso de paz: el caso de El Salvador***

**Cardenal, Rodolfo**

---

**Rodolfo Cardenal:** Docente nicaragüense, vicerrector de proyección social de la Universidad Centroamericana "José Simeón Canas", San Salvador. Director de las revistas Estudios Centroamericanos y Revista Latinoamericana de Teología. Autor de varios libros y numerosos artículos.

---

***La tesis central de este artículo afirma que la arquidiócesis de San Salvador tuvo un papel determinante en el conflicto armado, en las negociaciones y en la transición gracias a su identificación con las víctimas de la guerra. Esa identificación le dio la credibilidad necesaria para incidir eficazmente en la sociedad. Se describen los hechos más sobresalientes y se señalan algunas lecciones.***

La Iglesia salvadoreña, indiscutiblemente, ha tenido un papel determinante en el conflicto armado que durante doce años desangró a El Salvador, en las negociaciones para ponerle fin y en el cumplimiento de los acuerdos de paz firmados en 1992. Sin embargo, al analizar esta participación es necesario matizar porque no toda la Iglesia tomó parte en los acontecimientos de igual manera. Quienes más se comprometieron fueron la jerarquía de la arquidiócesis de San Salvador, una parte más bien reducida del clero, las religiosas y los religiosos, y las comunidades de base. Es decir, la mayoría de los obispos y del clero salvadoreños no contribuyó positivamente a estos procesos bien porque no estaba de acuerdo con ellos o porque se colocó al margen de ellos. Ciertamente, la conferencia episcopal nunca dijo nada relevante sobre el conflicto y su final. Temas como la guerra y la paz, la reconciliación nacional, el perdón cristiano, los derechos humanos, nunca han sido tratados pastoral y teológicamente por la conferencia episcopal. No hay, pues, que confundir la Iglesia de la arquidiócesis de San Salvador con el resto de la Iglesia del país.

Si toda la Iglesia salvadoreña hubiese puesto al servicio de las víctimas de la guerra y del cese del enfrentamiento armado su autoridad y a sus estructuras, tal como lo hizo la arquidiócesis, sin duda, se hubiese podido hacer más en favor de la paz, la verdad, la justicia y los derechos humanos.

### ***Credibilidad eclesial***

La arquidiócesis de San Salvador pudo desempeñar ese papel determinante en el conflicto, en la negociación y la transición hacia una sociedad más democrática y pacífica gracias a una credibilidad, probada y comprobada, sobre todo ante las mayorías salvadoreñas desposeídas. Estas se identificaron con la arquidiócesis en la medida que se convirtió en un canal para hacer oír su voz y en su defensora. La arquidiócesis recogió las necesidades sufrimientos y las aspiraciones de estas mayorías violentamente oprimidas y desposeídas. El compromiso con ellas comenzó en los años 70 y se consolidó a lo largo de la década siguiente.

La arquidiócesis, dirigida por monseñor Luis Chávez y por monseñor Arturo Rivera (obispo auxiliar), hizo grandes esfuerzos para defender y promover la causa de estas mayorías. La inspiración provino de la sensibilidad ante la realidad de injusticia estructural y de violencia institucionalizada que predominaba en el país y de los documentos del Vaticano II, de Medellín y del magisterio social de la Iglesia. La pastoral, el magisterio y las estructuras arquidiocesanas se fueron poniendo al servicio de esta causa.

La cercanía con la realidad nacional, tanto práctica como teórica, llevó a la arquidiócesis - junto con la Universidad Centroamericana José Simeón Canas (UCA), dirigida por los jesuitas - a advertir que si no se realizaban cambios estructurales rápidamente, el país se vería envuelto en un conflicto social violento de grandes proporciones. Las advertencias fueron repetidas, pero sin obtener ningún resultado, porque no había disposición para alterar la estructura del poder económico y político. Las reformas fueron rechazadas constantemente. En cambio, se respondió incrementando el nivel de la represión. En realidad, la respuesta que se dio fue la represión violenta contra quienes abogaban por los cambios. La arquidiócesis, en ese entonces dirigida por monseñor Oscar A. Romero, también fue perseguida. Sus advertencias fueron unilateralmente interpretadas como alineación con la izquierda política y militar, cuya organización ya se hacía sentir, y como una indebida intervención eclesial en la política. En este contexto ocurrió el asesinato de Mons. Romero.

A comienzos de la década de los 80 estalló el conflicto armado entre el ejército y la guerrilla izquierdista. Lo que Mons. Romero y los jesuitas de la UCA habían querido evitar se hizo una realidad. De hecho, el asesinato de aquél marca el inicio de la guerra civil salvadoreña. Una vez ante lo inevitable, la arquidiócesis se ocupó activamente de las víctimas y comenzó a buscar fórmulas para evitar la prolongación

de la guerra. En efecto, la arquidiócesis hizo grandes esfuerzos para humanizar el conflicto armado que no pudo evitar, no obstante haber advertido su inminencia y sus consecuencias mortales para la población. Humanizar el conflicto quería decir denunciar la brutalidad e irracionalidad de ambas partes, exigir respetar los convenios de Ginebra aplicables en estos casos, asistir material y pastoralmente a la creciente población desplazada de las áreas conflictivas, mediar en el canje de prisioneros entre las partes enfrentadas y buscar la libertad de los secuestrados. El desplazamiento de población llevó a la arquidiócesis a abrir refugios, para lo cual prestó algunos de sus edificios, incluyendo el seminario.

Al mismo tiempo que la arquidiócesis y la UCA clamaban por la humanización de la guerra, ambas defendieron y promovieron incansablemente la necesidad de encontrar una salida negociada. Las dos instituciones advirtieron, con gran perspectiva, que la guerra no constituía solución alguna para ninguna de las dos partes ni para el país en su conjunto. Consecuente con su planteo, la arquidiócesis acogió las iniciativas orientadas a buscar el encuentro de las partes en conflicto. Primero habló de diálogo y después de negociación. Al comienzo, ninguna de las dos partes recibió bien las propuestas, puesto que ambas estaban convencidas del triunfo militar y de las bondades que se derivarían de él. La arquidiócesis y la UCA, en cambio, estaban convencidas de que este triunfo en sí mismo traería más males que bienes para la población, ya que implicaría la militarización de la posguerra. Nicaragua era un ejemplo claro de todo ello.

La arquidiócesis, en colaboración con la UCA, promovió un encuentro de todas aquellas organizaciones sociales, exceptuando a los partidos políticos y a las partes en conflicto, para discutir sus necesidades y aspiraciones económicas, sociales, políticas y culturales. Un tema fundamental, por supuesto, era el fin del conflicto armado. El propósito de este encuentro era mostrar a las partes el pensar y sentir de las fuerzas sociales. Como era de esperar, el consenso pedía poner fin a la guerra y establecer una sociedad justa, pacífica y democrática.

Los primeros encuentros públicos de las partes en guerra fueron promovidos y patrocinados por la arquidiócesis. Aunque en lo inmediato no consiguieron el cese del enfrentamiento, a mediano plazo abrieron una posibilidad real de negociar. Sin embargo, cuando las partes se mostraron dispuestas a entablar negociaciones en serio, la arquidiócesis se retiró de la mesa de diálogo, dejando su lugar a Naciones Unidas y a su equipo de especialistas. Este desplazamiento resultó muy oportuno, pues la negociación fue un proceso complejo que requirió de varios técnicos y de una experiencia de la que carecía la arquidiócesis. Sin embargo, ésta no se desen-

tendió de la negociación, sino que le hizo un seguimiento vigilante, denunciando las decisiones y circunstancias que podían poner en peligro los intereses de las mayorías y proponiendo, pública y privadamente, alternativas de solución. De esta manera, durante el proceso de negociación, la arquidiócesis aportó, presionó y promovió. El peso específico de esta presencia fue trascendental por la fuerza social que aquella representaba.

Esta larga trayectoria de compromiso por la paz, entendida fundamentalmente como el derecho de las mayorías a una vida digna, y de martirio, porque la arquidiócesis pagó un costo muy elevado por ese compromiso, que incluye a monseñor Romero, sacerdotes, religiosos y religiosas, e innumerables agentes de pastoral, la convirtió en un referente obligado del proceso de negociación y de pacificación. Justamente, el martirio de los seis jesuitas y sus dos colaboradoras cerró el ciclo. Los jesuitas de la UCA fueron asesinados por su dedicación a la causa de la paz y la justicia. En esta larga trayectoria se encuentra fundamentada la credibilidad de la arquidiócesis, la cual, a su vez, la convierte en un factor determinante en el proceso de pacificación del país.

Todo el proceso salvadoreño, desde el inicio de la guerra hasta el final de la transición se ha caracterizado por una fuerte polarización ideológica

Las acciones de los obispos arquidiocesanos - y, para el caso, de la UCA - no deben opacar el compromiso asumido por los laicos y en particular por los agentes de pastoral y por las comunidades eclesiales de base. La atención asistencial, legal (violaciones de los derechos humanos) y pastoral a las víctimas del conflicto fue posible gracias a la entrega generosa de numerosos cristianos y cristianas. Los agentes de pastoral - en algunos casos apoyados por unos cuantos sacerdotes y religiosas - acompañaron a la población residente en las zonas conflictivas y de bajo control de la guerrilla, a las cuales no se podía penetrar - y mucho menos residir - sin poner en grave riesgo la propia vida. También acompañaron pastoralmente a los ejércitos rebeldes - cosa que no debiera extrañar, puesto que, al tratarse de una guerra civil, estos cristianos y cristianas tienen igual derecho que los militares que ya cuentan con sus propios capellanes.

Después de la firma de los acuerdos de paz en 1992, la arquidiócesis ha seguido trabajando para velar por el cumplimiento fiel de los compromisos adquiridos por las partes. Esta presión vigilante fue determinante porque el gobierno sólo ha ido cumpliendo con sus compromisos en la medida en que ha sido presionado. La transición del conflicto hacia la pacificación ha encontrado mucha resistencia, la

cual se puede resumir diciendo que para la derecha la democracia - tal como se encuentra expresada en los acuerdos de paz - es una concesión que no debió hacerse nunca. Por consiguiente, exigir el cumplimiento de los compromisos adquiridos en los acuerdos de paz es oponerse a estas fuerzas oscuras que se resisten a los cambios democráticos.

Ahora bien, uno de los aspectos de los acuerdos de paz al cual la arquidiócesis y la Iglesia en general pudieron contribuir más es el de la reconciliación del país. Todo el proceso salvadoreño, desde el inicio de la guerra hasta el final de la transición se ha caracterizado por una fuerte polarización ideológica. Al concluir el conflicto armado, se pedía trabajar para promover la despolarización de la población. Inexplicablemente, la Iglesia en cuanto tal no ha tomado en serio esta tarea para la cual, por su propia naturaleza, debía encontrarse bien preparada; la arquidiócesis ha hecho muy poco en este sentido. La explicación de esta deficiencia se encuentra en la involución eclesial que ha paralizado la creatividad y el compromiso necesarios para emprender esta tarea, por otro lado, tan importante y necesaria. De esta forma, la Iglesia ha perdido una oportunidad histórica para convertirse en agente activo de la reconciliación nacional. Sin duda, la reconciliación bien entendida pudo haber sido un vehículo evangelizador.

De todas maneras, el balance es positivo por lo que respecta a la arquidiócesis. A todo lo largo de este proceso, esta Iglesia ha contribuido evangélicamente a resolver uno de los problemas más graves del país. Y lo ha hecho desde las mayorías empobrecidas, con las cuales se ha identificado y a las que ha servido. Estas, por su lado, se han identificado con esta Iglesia y así obligaron a los poderes nacionales e internacionales a tomarla en cuenta. Todos - jerarquía, clero y laicos - pagaron un precio muy levado por este compromiso. De ahí que la tradición martirial de la Iglesia salvadoreña sea tan importante.

### ***Algunas lecciones***

De esta experiencia de credibilidad y compromiso con las víctimas de la historia salvadoreña se pueden aprender algunas lecciones importantes para otras iglesias sobre su participación en procesos similares. Cuando la Iglesia pone al servicio de la causa de los pobres, o en este caso más concreto, de las víctimas de un conflicto armado todo su peso institucional y social, puede ser un factor de terminante para aliviar la situación de las víctimas de una guerra y, desde esa experiencia, puede hacer llamados creíbles y eficaces para ponerle fin. Pero para eso, la Iglesia tiene que acercarse a las víctimas, debe identificarse con ellas y también sufrir con ellas

las consecuencias de la guerra. Desde la distancia, el alejamiento o el desentendimiento no es posible asumir este compromiso. Para poder aportar soluciones eficaces hay que tomar parte y partido, siempre del lado de la verdad y de la justicia, todo el tiempo del lado de las víctimas.

En consecuencia, la Iglesia tiene que estar dispuesta a experimentar en carne propia las consecuencias del conflicto, incluida la división interna. Al tomar partido, inevitablemente, será objeto de denuestos, amenazas y ataques institucionales y personales. Mons. Romero solía decir, al recoger los cadáveres de los sacerdotes asesinados durante su arzobispado, que sería absurdo que no muriesen sacerdotes en un conflicto en el cual miles de salvadoreños estaban muriendo.

La condena y el rechazo no sólo vienen de fuera de la Iglesia, dentro de ella es muy difícil encontrar comprensión y solidaridad. Monseñor Romero fue incomprendido y reprendido por los obispos del país, por los nuncios y por las curias vaticanas, incluso el mismo Papa - tal como se puede comprobar en su diario pastoral. Mons. Rivera fue considerado sospechoso durante varios años. Después de ser obispo durante 38 años, solo fue electo presidente de la conferencia episcopal salvadoreña al final de su vida. Por lo tanto, cuando una Iglesia se identifica con las víctimas de un conflicto, toma partido y participa activamente denunciando las irracionalidades e injusticias y proponiendo posibles salidas, se vuelve motivo de contradicción e incluso de escándalo dentro de la misma Iglesia. Los ataques, por supuesto, no van dirigidos únicamente contra la jerarquía, sino también contra el clero, los religiosos y las religiosas y los agentes de pastoral.

El origen de esta conflictividad interna radica en una teología y, por lo tanto, en una pastoral bastante diferente y, por qué no decirlo, contradictoria. Quienes se oponen a poner el peso institucional de la Iglesia en favor de las víctimas, piensan más en los intereses eclesiásticos que en los del pueblo de Dios, son movidos más por un Cristo triunfante y todopoderoso que por un Jesús crucificado de nuevo en las víctimas de la historia, sus acciones pastorales responden más a los intereses políticos y económicos de los poderes de este mundo que a la salvación histórica del pueblo de Dios. El conflicto interno se agudiza porque ambos tienen el mismo punto de partida, ambos hablan y actúan en nombre de Dios, pero de una manera contradictoria.

Ahora bien, en las víctimas se juega la credibilidad de la Iglesia y su posibilidad para aportar positivamente a la salvación real de la humanidad. A pesar de la persecución externa y de la conflictividad interna - que algunas veces llega al extremo

de convertirse también en persecución -, la fuerza evangelizadora de la Iglesia radica en la identificación con la víctimas de los conflictos y en sus esfuerzos por buscarles una solución eficaz. La Iglesia tiene un potencial notable, tanto local como región al e internacionalmente, para aportar a la finalización de las guerras que desangran a la humanidad. En la medida en que pase de las condenas genéricas a la denuncia concreta, en la medida en que pase de los principios abstractos que condenan la violencia venga de donde venga a los análisis objetivos y parciales de las situaciones violentas, en la medida en que abandone su indiferencia y la sustituya la creatividad y la recidumbre la cual las religiosas han - de la cual las religiosas han dado y siguen dando un ejemplo ejemplar -, la acción eclesial será eficaz y la Iglesia adquirirá relevancia social y evangélica.

Esta relevancia se deriva no tanto de sus posiciones de autoridad o de sus relaciones con los poderes de este mundo, sino de la debilidad, de su identificación con las víctimas hasta el punto de experimentar con ellas su propia pasión histórica. De la debilidad sacará la fuerza necesaria para ser profeta y maestra de humanidad y solidaridad. Apartarse de este antiguo principio cristiano es caer en los devaneos y oropeles de este mundo.

La relevancia social y evangélica adquiridas durante el conflicto, permiten a la Iglesia participar en los procesos de negociación, defendiendo los intereses de las mayorías populares. Nunca se insistirá suficientemente sobre la importancia de este compromiso. Recordemos que los poderosos tienen suficientes recursos para negociar y defender sus propios intereses. En cambio, las víctimas de la historia, por lo general, no tienen defensores genuinos. No se trata solamente de concluir un enfrentamiento armado de la mejor manera posible para las partes, sino de examinar objetivamente las causas que llevaron a él y tratar de sacar provecho de la negociación para poner las bases que permitan erradicar dichas causas. De lo contrario, podrá concluirse exitosamente el conflicto armado, pero no se establecerá la paz, sino que, en el mejor de los casos, se llegará a un entendimiento político entre las cúpulas y postergando los intereses de las mayorías que son las que llevan el peso de los conflictos y sus consecuencias.

Hay que tener visión de mediano y largo plazo para ir más allá del cese del enfrentamiento armado y proponer las bases para establecer una convivencia humana de acuerdo a los principios de la justicia, la verdad y la paz. Negociar el final de una guerra es relativamente fácil, en comparación con la tarea siguiente de reconstruir la sociedad y el país. Los negociadores, y la Iglesia en primer lugar, deben preguntarse conforme a qué criterios llevarán a cabo esa ardua y compleja tarea. Esto sig-

nifica que el papel de la Iglesia no concluye con el conflicto armado, sino que debe participar activamente en la reconstrucción social.

Además de erradicar las causas que llevaron al conflicto, por lo general, la pobreza extrema y la represión violenta para mantener controlada la protesta y la organización popular, la Iglesia debe hacerse cargo de la reinserción de los ex-combatientes de ambos ejércitos en la vida social y familiar. En sí misma, esta tarea no es nada fácil por la cantidad de personas implicadas y por la complejidad de los problemas personales, económicos, sociales y psicológicos que presentan al ser dados de baja de los ejércitos. Esta tarea es más difícil en aquellos conflictos donde la pasión ideológica de carácter religioso o étnico es el motor principal de la lucha. Razón de más, sin embargo, para que la Iglesia asuma el compromiso de la reconciliación nacional.

Otra consecuencia compleja de la tarea de reconciliación se presenta cuando, como en el caso salvadoreño, no se produce un triunfo militar ni de las negociaciones se obtienen beneficios tangibles para las mayorías populares. No ganaron la guerra ni la negociación, en cuanto no obtuvieron aquello que esperaban y por lo cual se enrolaron en uno de los ejércitos. Aparentemente, todo su sacrificio ha sido en vano, pues al final se encuentran con la misma pobreza de antes. De esta manera, sus aspiraciones se ven frustradas. Entonces, sobreviene el desencanto y la desilusión ante la vida y el desengaño respecto a los partidos políticos y las instituciones estatales. La sensación de haber sido engañados es abrumadora. La pregunta desesperada que se hacen es si valió la pena tanto sacrificio para tan poca cosa.

La Iglesia no puede desentenderse de esta difícil situación, sino que tiene que enfrentarla como parte de su función reconciliadora. Es necesario devolver la esperanza a la población, trabajando contra la desesperanza. La tarea no es fácil porque todos los datos apuntan en dirección contraria. En efecto, los acuerdos de paz, aunque establecían las bases para reconstruir una sociedad más equitativa y democrática en sentido amplio, se redujeron, en su cumplimiento, a abrir espacios políticos para la integración de la antigua guerrilla en el escenario político y a proporcionar una ayuda asistencial insuficiente. La Iglesia tiene que tener cuidado de no caer en la trampa de pensar que el cese del enfrentamiento armado y la apertura de estos espacios políticos son suficientes y, por lo tanto, hay que conformarse con ellos.

La reconciliación nacional comprende, pues, varios niveles. En primer lugar, hay que reconciliar a la nación consigo misma, lo cual implica establecer la verdad sobre lo que realmente pasó. El olvido, sancionado con amnistías legales, es insufi-



ciente, porque los fantasmas del pasado acechan el presente y el futuro. En segundo lugar, es necesario un proceso de perdón real que tenga como punto de partida el reconocimiento de los errores para después pedir y otorgar perdón. En tercer lugar, es necesario concientizar a la población sobre la transición del enfrentamiento militar a su desaparición para despolarizar y desideologizar. Finalmente, es indispensable crear un consenso nacional para que todas las fuerzas sociales y políticas reconstruyan una sociedad y un país mejores que los existentes antes del conflicto - prescindiendo de qué bando haya ganado la guerra o haya sacado una posición más ventajosa en la negociación. Estos pasos son necesarios para superar la situación de guerra y para comenzar la reconstrucción de la nación como un esfuerzo conjunto.

Para lograrlo es también indispensable superar la desesperanza de posguerra, la cual surge cuando las expectativas no han sido satisfechas debidamente. Esto implica recuperar los principios evangélicos básicos y la tradición martirial de la Iglesia. En esta tradición se historizan aquellos principios y se encuentra la fuente primordial para recuperar la esperanza perdida. No hay que conformarse con lo que los políticos o la comunidad internacional puedan dar, sino que se debe luchar por lo que se quiere de acuerdo a la utopía. La utopía jamás será regalada, sino que hay que luchar por ella, arrebatándola. Es decir, es necesario denunciar todo aquello que niega la utopía de las mayorías empobrecidas y reafirmar su necesidad para mantener el rumbo de la historia en la dirección correcta. El Salvador América Latina en su conjunto tienen en los mártires ejemplos concretos sobre esta doble tarea de denuncia y anuncio.

Para trabajar por la reconciliación nacional y por la construcción de un país más equitativo y democrático se necesita el ánimo que sólo la esperanza genera. Con ella se pueden erradicar los graves males que afligen a un país, así como también la indiferencia y la crueldad respecto a la vida de las mayorías. Los cambios conseguidos deben servir como estímulo para seguir avanzando por este camino. Sin subestimar el efecto paralizante y destructivo del desencanto, no debe obviarse que aún algo anima a la esperanza. En conclusión, la esperanza es necesaria para alimentar lo positivo y erradicar lo negativo. Esa esperanza hay que sacarla de la tradición martirial porque la generan aquellas personas que, a pesar de todo y en contra de todos los obstáculos de una sociedad egoísta e injusta, ofrecen generosidad y decisión de dar la vida por los pobres, aunque en ello les vaya a ellos la propia vida. En una palabra, la esperanza procede del amor. Y si la expresión parece fuera de lugar, pensemos que otra realidad produce esperanza.

Los mártires, entonces, tienen la función, difícil y arriesgada - y por ello tan rehuída -, de defender la verdad en la sociedad. Y son los que generan esperanza porque nos dicen que la verdad es posible. Recordemos que la verdad siempre está mucho más en favor de los pobres que de sus opresores, y que, con frecuencia, la verdad es lo único que los pobres tienen en su favor. Los mártires también nos dicen que el amor es posible. En El Salvador, los mártires no han sido masoquistas, ni fanáticos religiosos, ansiosos de derramar sangre, ni la ajena ni la propia - tal como alegan sus detractores interesadamente. Más bien, han sido personas - una multitud - de compasión y misericordia.

El martirio ha sido ante todo expresión de un gran amor a los pobres, a los que sufren pobreza, opresión, represión y muerte. Los mártires, y esto hay que recalcarlo, no han dado su vida por conseguir nada para ellos, ni poder ni riqueza, sino para que las mayorías tengan vida. Por esa razón nos remiten a la situación de pobreza, que sigue siendo muy real, que debe ser denunciada por la profecía y combatida por la utopía del amor. Y la pobreza, a su vez, nos remite a los mártires, pues quien lucha en favor del pobre es perseguido y destrozado por la riqueza.

San Salvador, enero de 1995